

perseguirlos, los franceses volvieron á Hueta, donde pasaron la noche. Bonami fué nombrado por Championnet general de brigada, en recompensa del valor desplegado en aquella ocasión.

Perseguido, y después de varios combates, Damas obtuvo de Kellermann que lo dejara embarcarse con su vanguardia, abandonando el resto y la artillería.

CAPÍTULO XV

Los bandoleros

El vencedor Championnet, pensando que no hallaría obstáculos en su marcha sobre Nápoles, mandó atravesar la frontera en tres columnas.

La izquierda, mandada por Macdonald, debía forzar los desfiladeros de Caspitrella y Sora.

La derecha, conducida por el general Rey, invadió la Campania por los pantanos Pontinos, Terracina y Fondi.

El centro, al mando de Championnet, invadió la Tierra de Labor por Valmonte, Terentina y Ceperano.

Tres ciudadelas, casi inexpugnables las tres, defendían los tres caminos del reino: Gaeta, Civitella del Tronto y Pescara.

Gaeta dominaba el camino del mar Tirreno; Pescara el del mar Adriático; Civitella del Tronto se elevaba en la cumbre de una montaña y dominaba el Abruzzo ulterior.

Gaeta estaba mandada por un viejo general suizo llamado Tchidy, que tenía para defenderse cuatro mil hombres, setenta cañones, doce morteros, veinte mil fusiles, víveres para un año y buques en el puerto.

El general Rey le intimó la rendición.

El anciano Tchidy, que acababa de contraer matrimonio con una joven, tuvo miedo por ella y quizás por él. En lugar de sostenerse, reunió un consejo, consultó al obispo, que interpuso su ministerio de paz, y reunió los magistrados de la ciudad, que se aprovecharon de la ocasión para evitar á Gaeta los males de un sitio.

Sin embargo, dudaban todavía cuando el general francés arrojó una bomba á la ciudad; esta demostración hostil bastó para que Tchidy enviase una diputación á los sitiadores para preguntarles cuáles eran sus condiciones.

— La plaza se entregará á discreción ó sufrirá todos los rigores de la guerra, respondió el general Rey.

Dos horas después, la plaza estaba rendida.

Duhesme, que costeaba con quince mil hombres las orillas del Adriático, envió al comandante de Pescara, llamado Pricard, un parlamentario para que se rindiera. El comandante después de haber

enseñado al oficial francés todos sus medios de defensa, le dió esta altiva contestación:

— Una fortaleza tan bien provista no se rinde.

Lo que no fué obstáculo para que al primer cañonazo, el comandante abriese las puertas de aquella ciudad al general Duhesme, que halló en ella sesenta cañones, cuatro morteros y mil novecientos soldados.

Del mismo modo se rindió Civitella del Tronto, plaza fuerte por su situación y más fuerte aún por las obras del arte.

Así pues, ya era tiempo, como hemos dicho en el capítulo anterior, de que los jefes de banda reemplazasen á los generales, y los bandoleros á los soldados.

Tres partidas, bajo la dirección de Pronio, se habían organizado con la celeridad del relámpago; la que mandaba él en persona, la de Cayetano Mammoni y la de Fra Diávolo.

Fué Pronio el primero que tropezó con las columnas francesas.

Duhesme, después de haberse apoderado de Pescara y de haber dejado allí cuatrocientos hombres de guarnición, tomó el camino de Chieti para unirse con Championnet delante de Capua. Al llegar á Tocco, oyó un vivo tiroteo por la parte de

Sulmona y mandó doblar el paso á sus soldados.

Efectivamente, una columna francesa, mandada por el general Rusca, después de haber entrado confiada en la ciudad de Sulmona, había visto de repente llover sobre ella de todas las ventanas una granizada de balas. Sorprendida por esta inesperada agresión, había vacilado por un momento.

Pronio, emboscado en la iglesia de San Pacífico, aprovechóse de este momento de vacilación, salió de la iglesia con un centenar de hombres y cargó de frente á los franceses en tanto que el fuego redoblaba desde las ventanas. Á pesar de los esfuerzos de Rusca, el desorden se introdujo en las filas de sus tropas y salió precipitadamente de Sulmona, dejando en las calles una docena de muertos y heridos.

Pero á la vista de los soldados de Pronio, que mutilaban los muertos, á la vista de los habitantes de la ciudad, que acababan de matar los heridos, el fuego de la vergüenza había subido al rostro de los republicanos, que se rehicieron y lanzando gritos de vergüenza entraron en Sulmona, respondiendo al tiroteo de la calle y al de las ventanas.

Sin embargo, escondidos en los portales, emboscados en las callejuelas, Pronio y su gente hacían un fuego horrible, y los franceses estaban

ya á punto de retroceder por segunda vez, cuando se oyó un vivo tiroteo por el otro extremo de la ciudad.

Eran Duhesme y sus soldados que habían acudido al fuego, y rodeando á Sulmona caían sobre la retaguardia de Pronio.

Pronio, con una pistola en cada mano, corrió á su retaguardia, la rehizo, se encontró cara á cara con Duhesme, y le disparó una de las pistolas, hiriéndole en el brazo. Un republicano se arrojó sable en mano sobre Pronio, pero de un segundo pistoletazo Pronio le mató, recogió un fusil, y á la cabeza de su gente, sostuvo la retirada, dándoles en su dialecto una orden que los soldados franceses no podían entender. Esta orden era batirse en retirada y huir por todas las callejuelas, á fin de llegar á la montaña. En el momento evacuaron la ciudad. Los que ocupaban las casas huyeron por los jardines. Los franceses eran dueños de Sulmona, pero á costa de pérdidas considerables, á pesar del corto número de sus enemigos, lo que hizo que en Nápoles se considerase esta acción como un triunfo.

Por su parte, Fra Diávolo, con unos cien hombres, había valientemente defendido cerca de Gaeta, el puente de Garigliana, atacado por el

ayudante Gourdel con cincuenta republicanos, que el general Rey, que no tenía noticia de la organización de los bandoleros, había enviado para que lo tomasen. Los franceses fueron rechazados, y el ayudante Gourdel, un comandante y muchos oficiales y soldados que quedaron heridos sobre el campo de batalla, fueron recogidos medio muertos, atados á los árboles y quemados á fuego lento, en medio de la algazara de la población de Mignano, de Sessa y de Traetta y de las furibundas danzas de las mujeres, siempre más feroces que los hombres en esta clase de fiestas.

Fra Diávolo quiso en un principio oponerse á estos asesinatos inquisitoriales, y llevado de un sentimiento de piedad, disparó entre los heridos sus pistolas y su carabina, pero observando en el fruncimiento de cejas de los hombres y en las injurias de las mujeres, que comprometía su popularidad con semejantes actos de piedad, retiróse de las hogueras en que sufrían el martirio los republicanos, y quiso llevarse á Francesca; pero Francesca no quiso perder nada de aquel espectáculo; desprendióse de sus brazos y fué á reunirse con las otras mujeres.

En cuanto á Mammone, manteníase en Capistrello, delante de Sora, entre el lago Fucino y el Liri.

Fueron á anunciarle que se veía venir de lejos un oficial francés conducido por un guía.

— Traedme ambos, dijo Mammone.

Cinco minutos después los dos se hallaban ante el guerrillero.

El guía había hecho traición al oficial, y en lugar de conducirlo á donde estaba el general Lemoine, á quien debía transmitir una orden de Championnet, le condujo á donde estaba Cayetano Mammone.

Era un ayudante del general en jefe, llamado Claie.

— Llegas á tiempo, le dijo Mammone, porque tenía sed.

Ya sabe el lector con qué clase de bebidas acostumbraba Mammone apagar su sed.

Hizo desnudar al ayudante y mandó que le atasen á un árbol.

Luego le puso el dedo en la arteria carótida para reconocer bien el sitio en que latía, y hecho esto, le clavó en ella su puñal.

El ayudante no había hablado, ni suplicado, ni exhalado una queja: veía en las manos de qué canibal había caído, y como el gladiador antiguo, no había pensado más que en una cosa, en morir bien.

Herido mortalmente, no dió ni un grito, ni dejó escapar un suspiro.

La sangre brotó á borbotones de la herida, como sale siempre de una arteria.

Mammone aplicó los labios al cuello del oficial, como los había aplicado al pecho del duque de Filomarino, y se hartó voluptuosamente de esa carne líquida que se llama sangre.

Apagada su sed, y mientras que el prisionero palpitaba todavía, cortó las ligaduras que le sujetaban al árbol y pidió una sierra.

Trajéronle la sierra.

Para beber en lo sucesivo la sangre en un vaso digno de tal bebida, le aserró el cráneo por encima de las cejas y del cerebelo, vació los sesos, lavó aquella terrible copa con la sangre que brotaba aún de la herida, reunió y anudó en lo alto de la cabeza los cabellos con una cuerda, para poder coger el vaso humano como por una peana y mandó descuartizar y echar á los perros el resto del cuerpo.

Anunciáronle sus espías que un destacamento de republicanos de treinta ó cuarenta hombres, se adelantaba por el camino de Tagliacozzo, y él mandó esconder las armas, coger flores y ramas de olivo, dar las flores á las mujeres y las ramas de olivo á los hombres y correr al encuentro de los franceses, convidando al oficial que los man-

daba á tomar parte con sus soldados en las fiestas que el pueblecito de Capistrello, compuesto de patriotas, les daba en señal de alegría por su llegada.

Los mensajeros salieron cantando. Abriéronse todas las casas del pueblo; púsose una gran mesa en la plaza de la Alcaldía, cubierta de pan, vino, carne, jamón y queso.

Colocóse otra mesa para los oficiales en una sala del Ayuntamiento cuyas ventanas daban á la plaza.

Á una legua de Capistrello los mensajeros encontraron el destacamento mandado por el capitán Tremeau; el guía, que conducía el destacamento, explicó al capitán republicano lo que querían aquellos hombres, aquellas mujeres y aquellos niños que venían á su encuentro con flores y ramas de olivo. Valiente y leal, el capitán no sospechó siquiera que aquello pudiera encerrar una traición. Abrazó á las lindas muchachas que le ofrecían ramos de flores; mandó á la cantinera que sacase el barril del aguardiente: bebió á la salud del general Championnet y á la propagación de la república francesa, y cantando la *Marsellesa* el destacamento se dirigió hacia el pueblo.

Cayetano Mammone, con todo el resto de la población, aguardaba á la entrada del pueblo al destacamento francés, que fué recibido con una

inmensa aclamación y, entre muestras de amistad y exclamaciones de alegría, encamináronse hacia la plaza.

Ya hemos dicho que allí se había colocado una gran mesa donde se pusieron tantos cubiertos como soldados componían el destacamento francés; los oficiales debían comer en la alcaldía, con el alcalde y los regidores, representados por Cayetano Mammone y sus principales bandoleros.

Los soldados, gozosos con semejante recibimiento, pusieron sus fusiles en pabellones á diez pasos de la mesa; las mujeres les quitaron los sables que dieron á los niños para que jugaran á los soldados, y ellos se sentaron, destaparon las botellas y llenaron los vasos.

El capitán Tremean, un teniente y dos sargentos se sentaban al mismo tiempo en la sala baja de la alcaldía.

Los bandoleros de Mammone se pusieron entre la mesa y los fusiles, que, al ponerse en marcha, el capitán había mandado cargar: los oficiales fueron colocados en la mesa interior de manera que tuviesen sobre cada uno tres ó cuatro bandoleros.

Mammone debía dar la señal de la matanza: asomaría á una ventana el cráneo del ayudante Claie, lleno de vino, y brindaría á la salud del rey Fernando.

Todo sucedió como estaba previsto; Mammone se acercó á la ventana, llenó de vino, sin ser visto, el cráneo, sangriento aún del infortunado oficial, cogiólo por los cabellos como se coge una copa por el pie, y apareciendo en la ventana del medio, la levantó y pronunció el brindis convenido.

Inmediatamente, la población entera respondió al grito de:

— ¡ Mueran los franceses !

Precipitáronse los bandoleros sobre los fusiles hechos pabellones; los que, con pretexto de servirles, rodeaban á los franceses, se echaron atrás; sonó una descarga á boca de jarro y los republicanos cayeron bajo el fuego de sus propias armas. Los que se libraron de esta descarga ó no estaban más que heridos, fueron degollados por las mujeres, y los niños que se habían apoderado de sus sables.

En cuanto á los oficiales, colocados en el interior de la sala, quisieron lanzarse al socorro de sus soldados; pero cada uno de ellos fué sujeto por cinco ó seis hombres, que no les permitieron moverse de sus puestos.

Mammone, triunfante, se acercó á ellos, con la copa sangrienta en la mano, y les ofreció la vida si querían beber á la salud del rey Fernando en el cráneo de su compatriota.

Los cuatro rehusaron con horror.

Entonces, mandó traer clavos y martillos, obligó á los oficiales á extender las manos y se las clavó á la mesa.

Después, por las puertas y ventanas se arrojaron faginas y montones de paja dentro de la habitación, y cerráronse las puertas y ventanas después de haber pegado fuego al combustible.

Sin embargo, el suplicio de los republicanos fué menos cruel de lo que esperaban sus verdugos. Uno de los sargentos tuvo el valor de arrancar sus manos de los clavos que le sujetaban, é hizo á sus tres compañeros el terrible favor de darles de puñaladas, clavándose después él mismo el puñal.

Los cuatro héroes murieron al grito de « ¡ Viva la República ! »

Estas noticias llegaron á Nápoles, causando gran regocijo al rey Fernando, quien, viéndose tan bien secundado por sus fieles súbditos, resolvió más que nunca mantenerse en Nápoles.

Dejemos á Mammone, á Fra Diávolo y al abad Pronio seguir el curso de sus hazañas, y veámos lo que pasaba en los aposentos de la reina, quien, todo lo contrario del rey, estaba más que nunca decidida á dejar la capital.

CAPÍTULO XVI

El subterráneo

Caracciolo había dicho la verdad. Interesaba á la política de Inglaterra que Fernando y Carolina, arrojados de su capital de tierra firme, se refugiasen en Sicilia, donde no tendrían nada que esperar de sus tropas ni de sus súbditos, sino sólo de los marinos ingleses.

He aquí la razón por qué Nelsón, sir William y Emma Lyonna aconsejaban á la reina que huyese, á la cual la inclinaban por otra parte sus temores personales.

El espectro de su hermana María Antonieta, sosteniendo por sus cabellos, encanecidos en una noche, su cabeza en la mano, estaba noche y día presente á su memoria.

En su consecuencia, diez días después de la vuelta del rey, es decir, el 18 de Diciembre, la reina celebró consejo en su alcoba con Actón y Emma Lyonna.

Eran las ocho de la noche. Un viento terrible azotaba las ventanas del real palacio, y oíase el ruido de las olas que se estrellaban contra las torres aragonesas del Castillo nuevo. Una sola lámpara iluminaba el aposento y concentraba su luz sobre un plano del palacio, donde la reina y Actón buscaban, al parecer ávidamente, algún detalle que no podían hallar.

En un rincón del aposento distingüfase, en la penumbra, una sombra inmóvil y muda que, con la impasibilidad de una estatua, aguardaba al parecer una orden y se hallaba dispuesta á ejecutarla.

La reina hizo un movimiento de impaciencia.

Ese pasadizo secreto existe, sin embargo, dijo; estoy cierta.

— ¿Y V. M. cree que ese pasadizo secreto le es necesario?

— ¡Indispensable! dijo la reina. La tradición asegura que daba al puerto militar, y sólo por ese pasadizo podemos, sin ser vistos, transportar, á bordo de los navíos ingleses, nuestras alhajas, nuestro oro y los objetos de arte que queremos llevarnos. Si el pueblo sospecha nuestra partida, y si nos ve transportar solamente un cofre á bordo del *Van-Guard*, se armará un motín y nos será

imposible embarcarnos. Es absolutamente necesario hallar ese pasadizo.

Y la reina, con la ayuda de un lente, se puso á buscar las líneas que podían indicar el subterráneo en que ponía toda su esperanza.

Actón, viendo la preocupación de la reina levantó la cabeza, buscó con la vista la sombra de que hemos hablado, y dijo:

— ¡Dick!

El joven se estremeció, como si no hubiese aguardado que le llamasen, y como si su pensamiento, absoluto soberano de su cuerpo, le hubiese transportado á mil leguas del sitio en que se hallaba.

— ¿Monseñor? respondió.

— ¿Sabéis de qué se trata, Dick?

— No, monseñor.

— Sin embargo, estáis ahí hace cerca de una hora, caballero, dijo la reina con cierta impaciencia.

— Es cierto, señora.

— Entonces debéis haber oído todo lo que hemos dicho y saber lo que buscamos.

— Monseñor no había dicho que me fuese permitido escuchar, señora. Así es que nada he oído.

— Sir Juan, dijo la reina, tenéis un servidor inapreciable.

— Ya he dicho á V. M. cuánto le estimaba.

Luego dirigiéndose al joven, le dijo :

— Venid acá, Dick.

— Heme aquí, monseñor, dijo el joven acercándose.

— Sois algo arquitecto, me parece.

— He estudiado, en efecto, dos años de arquitectura.

— Pues bien, entonces, buscad ; quizás hallaréis lo que nosotros no hallamos. Debe existir un subterráneo, un pasadizo secreto que va desde el palacio al puerto militar.

Actón se apartó de la mesa y cedió el puesto á su secretario.

Éste se inclinó sobre el plano, y levantándose inmediatamente dijo :

— Me parece que es inútil buscar.

— ¿ Y por qué ?

— Porque si el arquitecto del palacio ha practicado en los cimientos un pasadizo secreto, se habrá guardado muy bien de indicarlo en el plano.

— ¿ Por qué razón ? preguntó la reina con su impaciencia ordinaria.

— Señora, porque desde el momento en que estuviere indicado en el plano, no sería ya un pasadizo secreto, puesto que lo conocerían todos los que tuvieran el plano.

La reina se echó á reir.

— ¿ Sabéis, general, que es bastante lógico lo que dice vuestro secretario ?

— Tan lógico, que me avergüenzo de no haber caído en ello, respondió Actón.

— Pues bien, ahora, señor Dick, dijo Emma Lyonna, ayudadnos á buscar ese subterráneo ; y una vez hallado, yo me siento dispuesta, cual heroína de Ana Radcliffe, á explorarle y á venir á dar cuenta á la reina de mi exploración.

Antes de responder, Ricardo miró al general Actón como pidiéndole su permiso.

— Hablad, Dick, hablad, le dijo el general ; la reina lo permite y yo confío en vuestra inteligencia y discreción.

Dick se inclinó.

— Creo, dijo, que ante todo deberían explorarse los cimientos del palacio que dan á la dársena. Por disimulada que esté la puerta, es imposible que no se encuentre alguna traza.

— Entonces debemos esperar á mañana, dijo la reina, y es una noche perdida.

Dick se acercó á la ventana y dijo :

— ¿ Por qué, señora ? El cielo está nublado, pero la luna está llena. Cada vez que pase por entre dos nubes, me dará bastante claridad para mis pesquisas.

Sólo necesitaré el santo y seña para poder circular libremente por el puerto.

— Nada más fácil, dijo Actón; vamos juntos á ver al gobernador del castillo, y no sólo tendréis el santo y seña, sino que mandará que los centinelas os dejen hacer tranquilamente lo que queráis.

— Entonces, general, como dice muy bien S. M., no perdamos tiempo.

— Id, general, dijo la reina; y vos, caballero, procurad corresponder á la buena opinión que tenemos de vos.

— Haré lo que pueda, señora, dijo el joven.

Y saludando respetuosamente, salió detrás del capitán general.

Al cabo de diez minutos, volvió Actón y dijo á la reina:

— Nuestro sabueso busca la pista y mucho me extrañará que vuelva sin encontrar nada.

En efecto, provisto de la contraseña y recomendado por el oficial de guardia, Dick empezó sus pesquisas, y en un rincón de la muralla encontró una verja cubierta de telarañas, por delante de la cual todo el mundo pasaba sin fijar la atención. Seguro de que aquella era la salida del pasadizo secreto, sólo pensó en buscar la entrada.

Volvió al castillo, buscó al criado más viejo, que

era un anciano de ochenta y dos años que fué á Nápoles con Carlos III, al subir éste al trono.

Cuando entró en la habitación del anciano, toda la familia estaba á la mesa. Componíase de doce personas. El anciano era el tronco; todos los demás las ramas. Había dos hijos, dos nueras y siete nietos y nietas.

De los dos hijos, uno era sumiller del rey como su padre, y el otro cerrajero de palacio.

El abuelo era un anciano seco, derecho, vigoroso aún y que parecía no haber perdido nada de su inteligencia.

Dick entró y le dijo en español:

— La reina os llama.

El anciano se estremeció. Cuarenta años hacía que nadie le hablaba en su lengua.

— ¡ La reina me llama! exclamó admirado en napolitano.

Todos los convidados se levantaron como movidos por un resorte.

— La reina os llama, repitió Dick.

— ¿ Á mí?

— Á vos.

— ¿ Vuestra Excelencia está seguro de no engañarse?

— Segurísimo.

- ¿Y cuándo?
 — Al instante.
 — ¿Y me he de presentar así á S. M.?
 — Tal como estáis.
 — ¡Pero Excelentísimo!...
 — La reina espera.

El anciano se levantó más inquieto que halagado de la invitación y miró á sus hijos con inquietud.

— Decid á vuestro hijo el cerrajero que no se acueste, añadió Dick en español; la reina lo necesitará probablemente esta noche.

El anciano transmitió en napolitano la orden á su hijo.

- ¿Estáis dispuesto? preguntó Dick.
 — Á la orden de Su Excelencia, respondió anciano.

Y con paso casi tan firme como el de su guía, subió la escalera de servicio y atravesó los corredores.

Los ujieres que habían visto salir al joven con el general, iban á anunciar su regreso; pero él les hizo seña de que no se movieran, y llamó suavemente á la puerta de la cámara real.

— Entrad, dijo Carolina sospechando que sólo Dick pudiera tener la discreción de no hacerse anunciar.

Actón fué á abrir; pero Dick, empujando la puerta, entró, dejando al anciano en la antesala.

- ¿Qué habéis encontrado? preguntó la reina.
 — Lo que V. M. deseaba.
 — ¿El subterráneo?
 — Al menos una de sus puertas, y espero presentar á V. M. el hombre que encontrará la otra.

- ¿Qué hombre?
 — El antiguo sumiller de Carlos III.
 — ¿Le habéis interrogado?
 — No me he creído autorizado á hacerlo, señora.
 — ¿Y dónde está ese hombre?
 — Aquí.
 — Que entre.

Dick se asomó á la puerta, y dijo:

- Entrad.
 El anciano entró.

— ¡Ah! ¿sois vos, Pacheco? dijo la reina. No sabía que anduviérais aún por este mundo; me alegro veros vivo y en buena salud.

El anciano se inclinó.

— Justamente, gracias á vuestros años, podréis prestarme un gran servicio.

— Estoy á las órdenes de V. M.

— Vos debéis conocer ó haber oído hablar de

un pasadizo secreto que bajaba desde los sótanos del palacio á la dársena del arsenal.

El anciano llevó la mano á la frente.

— En efecto, dijo, recuerdo algo de eso.

— Buscad en la memoria, Pacheco, buscad. Necesitamos encontrar hoy ese pasadizo.

El anciano sacudió la cabeza : la reina hizo un movimiento de impaciencia.

— ¡ Diantre! ya no es uno joven, dijo Pacheco; á los ochenta y dos años la memoria se va. ¿ Puedo consultar á mis hijos?

— ¿ Qué son vuestros hijos? preguntó la reina.

— El mayor, que tiene cincuenta años, me ha sucedido en mi cargo de sumiller, y el otro, que tiene cuarenta y ocho, es cerrajero.

— ¿ Cerrajero, decís?

— Sí, señora, para servir á V. M.

— ¡ Cerrajero! Ya lo oye V. M., dijo Ricardo. Para abrir la puerta se necesitará uno.

— Está bien, dijo la reina. Id á consultar á vuestros hijos solamente, no á las mujeres.

— Que Dios asista siempre á V. M., dijo el viejo inclinándose al salir.

— Seguid á ese hombre, señor Dick, dijo la reina; y volved lo más pronto posible á darme parte del resultado de la conferencia.

Dick saludó y salió detrás de Pacheco.

Un cuarto de hora después volvió.

— El pasadizo se ha hallado, dijo, y el cerrajero está dispuesto á abrir la puerta en cuanto lo mande V. M.

— General, dijo la reina, tenéis en el señor Ricardo un hombre de mérito, que os pediré probablemente algún día.

— Ese día, señora, respondió Actón, habréis colmado sus más caros deseos y también los míos. ¿ Qué manda entretanto V. M.?

— Ven, dijo la reina á Emma Lyonna; hay cosas que debemos ver con nuestros propios ojos.

CAPÍTULO XVII

El hermano José

El mismo día y á la misma hora en que la puerta del pasadizo secreto se abría ante la reina, un joven subía á caballo la cuesta del monte Cassino, que ordinariamente no se sube sino á pie ó en mulo.

Pero, sea que tuviese gran confianza en los pies de su cabalgadura ó en su manera de dirigirla, ó sea que acostumbrado al peligro, éste le fuese indiferente, había salido á caballo de San Germano, y, á pesar de las observaciones que le hicieron para disuadirle de su imprudencia, había tomado el sendero pedregoso que conduce al convento fundado por San Benito, y que corona la cima más elevada del monte Cassino.

Aunque tranquilo en apariencia, el joven no dejaba de estar preocupado con la idea de hallar cerrado el convento del monte Cassino. Pero dispo-

niendo sólo de una noche para la visita que iba á hacer, y no pudiendo dejarla para otro día, se puso en camino á la ventura. Llegó á San Germano á las siete y media de la noche, con el cuerpo de ejército de Championnet, y preguntó si había entre los benedictinos de la montaña santa un hermano José que era médico cirujano del convento, y la respuesta fué un concierto de alabanzas. El hermano José merecía á todos el concepto de un sabio y de un filántropo. Aunque no pertenecía á la orden más que por el hábito, pues no era más que lego, no había hombre que más cristianamente se dedicase á aliviar los dolores físicos y morales de la humanidad. Y decimos morales, porque lo que sobre todo falta á los sacerdotes para cumplir su misión fraternal es, que no habiendo sido padres ni maridos, y no habiendo perdido ni una esposa querida, ni una hija amada, no conocen el idioma en que debe hablarse á los huérfanos del corazón. Los sacerdotes, que tienen palabras para todos los padecimientos, rara vez tienen una lágrima que verter por los de sus semejantes. Pero no sucedía esto al padre José, cuya vida anterior por lo demás nadie sabía, y que un día se presentó en el convento pidiendo hospitalidad á cambio del ejercicio de su profesión. Y no sólo lo sirvió con su corazón sino

con su alma y con su persona. Hubiérase dicho que él mismo sufría todos los dolores que consolaba con el bálsamo de las lágrimas que Dios nos ha dado para remediar angustias que sin ellas serían mortales. Su habilidad de médico cirujano no dejaba atrás á la dulzura de su corazón. Así es que en diez leguas á la redonda el hermano José era una verdadera providencia para los afligidos.

Los montañeses de la Tierra de Labor y de los Abruzzos le llamaban el *Encantador*.

He aquí el hombre á quien buscaba el joven republicano, que con no poca sorpresa encontró abiertas las puertas del convento y oyó la campana que sonaba lúgubrementemente.

Echó pie á tierra; cubrió el caballo con su capa, encomendándole la paciencia como si fuese un ser racional, y entró en el claustro del convento, guiado por las luces y los cánticos que se oían en la iglesia, donde le aguardaba un lúgubre espectáculo.

Había en medio del coro un ataúd cubierto con un paño blanco y negro; los frailes rezaban en torno suyo; miles de luces ardían en el altar y alrededor del cenotafio, y de cuando en cuando dejaba oír la campana su tañido fúnebre y vibrante. La muerte había entrado en el convento y había dejado la puerta abierta.

El oficial llegó hasta el coro sin que ni una cabeza se volviese para mirarle.

Él miró todas aquellas fisonomías; pero no halló la que buscaba. Por último, sudoroso y temblando, preguntó á un fraile:

— ¿Quién ha muerto, padre mío?

— Nuestro santo abad, respondió el fraile.

El joven respiró.

Después de un instante de silencio, durante el cual levantó los ojos al cielo como para darle gracias, añadió:

— ¿Está ausente ó enfermo el hermano José?

— Está en la celda orando ó trabajando, que es lo mismo que si orase.

Y llamando á un novicio, el fraile le dijo:

— Acompañad á este extranjero á la celda del hermano José.

Y sin haber vuelto la cabeza ni echado una ojeada al forastero, el fraile continuó su rezo.

El novicio tomó una lámpara é indicó al oficial que le siguiese. Subieron al cuarto piso, y en el fondo de un corredor se detuvieron delante de una puerta.

— Esta es la celda del hermano José, dijo el novicio.

El joven leyó las siguientes palabras escritas sobre la puerta:

« Dios habla en el silencio al corazón del hombre; el hombre habla con Dios en la soledad. »

— Gracias, respondió al novicio, que se alejó sin decir palabra.

El joven permaneció inmóvil delante de la puerta con la mano sobre el corazón, mirando cómo se alejaba el novicio, y cómo disminuía el resplandor de su luz, perdiéndose en las tinieblas del corredor, y profundamente impresionado por cuanto le rodeaba, llamó á la puerta de la celda.

— Entrad, dijo una voz sonora que le hizo estremecer, por el contraste que formaba con lo que acababa de ver y oír.

Abrió la puerta y se encontró en presencia de un hombre de cincuenta años, que apenas representaba cuarenta. Una sola arruga, la del pensamiento, cruzaba su frente; pero ni una sola cana, mensajera de la vejez, se veía entre su abundante y negra cabellera, en la que se hubiera buscado en vano la señal de la tonsura. Tenía la mano derecha puesta sobre una cabeza de muerto y con la izquierda volvía las hojas de un libro en que leía con atención. Una lámpara con pantalla concentraba su luz en torno suyo, dejando el resto en la oscuridad.

El joven se adelantó con los brazos abiertos; el lector levantó la cabeza mirando con extrañeza el

elegante uniforme que le era desconocido; pero apenas el que le llevaba entró en el círculo de luz proyectado por la lámpara, cuando de la boca de ambos se escaparon estos gritos:

— ¡ Salvato !

— ¡ Padre mío !

En efecto, eran el padre y el hijo, que volvían á verse después de diez años de ausencia, y que se arrojaban en brazos uno de otro al conocerse.

Nuestros lectores habrán conocido ya á Salvato en el viajero nocturno, pero quizás no les habrá sucedido lo mismo con el padre José.

CAPÍTULO XVIII

El padre y el hijo

La alegría de aquel padre, privado hacia diez años de todos los goces de la familia, y que volviendo á ver á su hijo, sentía despertarse en su alma los sentimientos más dulces y violentos del amor paternal, parecía recorrer la escala entera de las sensaciones humanas, y en su manifestación se asemejaban al arrullo de la paloma y al rugido del león. No corrió, sino que se abalanzó sobre su hijo; no se contentó con besarle en las mejillas, sino que le cogió en sus brazos como si fuera un niño, estrechándole contra su corazón, riendo y llorando á un tiempo y buscando al parecer un sitio á donde llevarlo para siempre fuera del mundo, lejos de la tierra y cerca del cielo.

Por último, dejóse caer en un banco, abrazado con su hijo, mientras con voz entrecortada, no sabía más que repetir:

— ¡Cómo! ¿eres tú, hijo mío? ¿mi Salvato? ¿Eres tú? ¿Conque eres tú?

— ¡Oh, padre mío! ¡padre mío! respondió el joven sollozando, os amo todo cuanto un hijo puede amar; pero casi me avergüenzo de mi cariño comparándole con la grandeza del vuestro.

— No te avergüences, hijo mío, respondió Palmieri; la fecunda naturaleza lo quiere así. Amor inmenso en el corazón de los padres, amor limitado en el de los hijos. Mirame, Salvato, y que nuestros diez años de separación se borren en tu mirada.

El joven fijó sus grandes ojos negros en su padre, dando á su austera fisonomía la más dulce expresión que pudo.

— Sí, dijo Palmieri mirando á Salvato con mezcla singular de amor y de orgullo, sí, he hecho de ti una robusta encina y no una elegante palmera; sería injusto si hoy me quejara al ver este sólido tronco cubierto de ruda corteza; quería que fueses hombre y soldado, y has llegado á ser lo que yo quería que fueses. Déjame que bese tus charreteras de brigadier, señal de tu valor. Has tenido la fuerza de obedecerme, cuando te dije al separarnos: «No me escribas, si no tienes necesidad de mi cariño y de mis cuidados;» porque temo las debilidades terrestres, y esperé un instante que movido

por mis aspiraciones, Dios se revelaría á mi espíritu; porque si mi corazón quiere creer (¡compadécete de mí, hijo mío!) mi espíritu se obstina en dudar. Pero tú no has tenido el valor de pasar cerca de mí sin verme, sin abrazarme y decirme: « ¡Padre mío, todavía hay en el mundo un corazón que te ama, y este corazón es el de tu hijo! » ¡Gracias, amado hijo mío!

— No, padre mío, no he vacilado; una voz secreta me decía que era portador de alegrías que aguardabais hace mucho tiempo. Sin embargo, puesto ya en camino, me asaltó la duda; justamente fué al pie de esta montaña donde nos separamos hace diez años, yo para perderme en el mundo, vos para buscar á Dios. He venido al paso de mi caballo, sin detenerlo ni apresurarlo; pero he sentido cuánto os amaba, cuando al entrar en la iglesia no os he visto entre los frailes que rodeaban el ataúd del abad, y durante un momento he temido que fueseis vos, amado padre, el que se hallaba bajo el paño mortuorio. Yo mismo no he conocido el eco de mi voz cuando pregunté dónde estabais. Ante la puerta de vuestra celda, me ha asaltado de nuevo, temiendo hallaros petrificado como esas estatuas que murmuraban palabras ininteligibles en el coro y que parecían no pertenecer ya á la humanidad; pero para

tranquilizarme ha bastado esta palabra vuestra: « Entrad. » Padre mío, gracias á Dios, vos sois el único viyo entre todos estos muertos.

— Sin embargo, mi querido Salvato, era esa muerte ficticia lo que buscaba al retirarme á un convento. El convento tiene de bueno que, en general, combate victoriosamente el suicidio. Después de un gran pesar, de una pérdida irreparable, retirarse á un convento es saltarse moralmente la tapa de los sesos, es matar el cuerpo sin tocar el alma, según la Iglesia; y he aquí donde principia la duda para mí, porque el precepto está en oposición con la naturaleza. Según afirma la Iglesia, matar el hombre, es perfeccionarlo, y una voz secreta me dice que mientras el hombre es más hombre, y por consecuencia, se esparce, más por medio de la ciencia, de la caridad, del genio y del arte, por la humanidad entera, es mejor. El que en este piadoso retiro, dicen nuestros hermanos, oye menos rumores terrestres es el que, estando más lejos de la tierra, está más cerca de Dios. He querido someter mi cuerpo y mi espíritu á esta máxima, y vivo aún, convertirme en cadáver; pero mi espíritu y mi cuerpo se han levantado y me han dicho: « La perfección, si existe, está en el camino opuesto. Vive en la soledad; pero acrecienta en provecho de la humanidad el tesoro

de ciencia que has adquirido ; vive en la meditación, pero que tu meditación sea fecunda y no estéril ; haz de tu dolor un bálsamo compuesto de filosofía, de caridad y de lágrimas, para aplicarlo á los dolores ajenos. » Desde entonces he seguido la vocación que me arrastraba. Á todos los que me han llamado he respondido : « Aquí me tienes. » No soy quizás más perfecto ; pero indudablemente he sido más útil. Y cosa extraña, me he apartado de todos los principios vulgares, he seguido la voz de mi conciencia, que me decía : « En el curso de tu existencia, has cortado la vida á tres personas ; en lugar de hacer penitencia, en lugar de ayunar, en lugar de orar, alivia todos los dolores que puedas, prolonga el mayor número de existencias posible, y créeme, las acciones de gracias de los que te deberán tantos favores, ahogarán la voz de los miserables que has enviado antes de tiempo á dar cuenta de sus crímenes al soberano juez. »

— Continúa vuestra vida, vida de caridad y de abnegación ; vos estáis en la verdad, padre mío... Á esos hombres que os rodean, se les respeta y se les teme ; pero á vos se os ama y se os bendice.

— Y sin embargo, son más felices que yo, al menos bajo el punto de vista religioso ; ellos se inclinan ante la creencia, y yo combato con la duda.

¿ Por qué puso Dios en el paraíso el árbol de la ciencia ? ¿ Por qué para llegar á la fe debemos de abdicar la parte más sana, la mejor de la razón, en tanto que la ciencia nos prohíbe implacable, no sólo afirmar, sino creer sin pruebas ?

— Comprendo, padre mío ; sois un hombre honrado y no esperáis retribución, no creéis más que en esta vida.

— ¿ Y tú crees en otra ? preguntó Palmieri.

Salvato sonrió.

— Á mi edad, dijo, se ocupa uno poco de la vida y de la muerte, aunque siempre esté entre la muerte y la vida, y con frecuencia más cerca de la muerte que los ancianos que, cubiertos de canas y con paso vacilante, van á llamar á las puertas del cementerio.

Después de un instante de silencio, añadió Salvato :

— Yo también últimamente llamé á esa puerta, y si no contaba con respuesta á la pregunta que dirigí á la tumba, conservaba al menos una esperanza. ¿ Por qué no hacéis como yo, padre mío ? ¿ Por qué, después de vivir bien, teméis morir mal ?

— No temo morir mal, hijo mío, sino morir entero. Soy de los que no saben enseñar lo que no creen. Mi arte no es tan infalible, que sepa luchar

eternamente con la muerte. Sólo Hércules fué vencedor siempre. Cuando, presintiendo su último fin, me dice un enfermo: « Ya que no podéis hacer nada para mí como médico, consoladme al menos, » en lugar de aprovecharme de la debilidad de su razón para inculcarle una creencia que no tengo, me callo, por no dar á un moribundo afirmación sin prueba, esperanza sin certidumbre. No niego la existencia de un mundo sobrenatural; me contento, y no es poco, con no creer en él, y no creyendo, no puedo prometerlo á los que lo buscan á las tinieblas de la agonía.

— Pero vos sabéis que yo he visto á mi madre después de muerta.

— No tú, hijo mío, sino una mujer del pueblo, inteligente, grosera, espíritu aterrorizado que dijo: « He visto allí, junto á la cuna del niño, una sombra que lo mecía cantando. » Y yo, joven todavía y amante de lo maravilloso, respondí: « Puede ser. » Y que podía ser. ¡ Pero al envejecer, he dudado; porque la duda aumenta á medida que nos acercamos á la terrible realidad! ¡ Cuántas veces en esta celda, solo, con este devorador pensamiento de la nada, que á cierta edad entra en la vida para no volver á salir, y que, cual espectro invisible pero palpable nos acompaña, cuántas veces me he arrodillado

ante ese crucifijo evocando la leyenda poética de tu infancia y pidiendo á Dios que renovara en mi favor el milagro que habíá hecho por ti! Nunca se dignó Dios responderme. Sé que no está obligado á manifestar su poder y su voluntad á un átomo como yo: pero, en fin, hubiera podido ser misericordioso conmigo y no lo ha sido.

— Lo será, padre mío.

— No; sería un milagro, y los milagros no están en el orden lógico de la naturaleza. ¿ Qué somos nosotros, además, para que Dios se tome el trabajo, en su inmutable eternidad, de mudar la marcha impuesta á la creación? ¿ Qué somos nosotros para él? Una imperceptible florescencia de la materia, en la cual, desde hace millones de siglos, se produce un fenómeno complejo, inevitable, fugitivo, llamado la vida. Este fenómeno se extiende en la vegetación, desde el liquen hasta el cedro; en la animalización, desde el infusorio hasta el mastodonte. La obra maestra de la vegetación es la sensitiva; la obra maestra de la animalización es el hombre. ¿ Qué constituye la superioridad del animal bípedo é implume de Platón sobre los demás animales? Una casualidad. Su lugar en la escala de los seres creados se encuentra más alto, y este lugar le da derecho á que una porción de su ser sea más com-

pleta que en sus hermanos inferiores. ¿Cuál es este signo de su perfección? La sustitución de la razón al instinto. ¿Y la prueba de esta organización superior? La facultad de hablar, en lugar de ladrar ó de rugir. Pero cuando llega la muerte, extinguiendo la palabra, destruyendo la razón, el cráneo del que fué Carlo-Magno, Justiniano, Virgilio, César, Fidias, Sócrates ó Píndaro, lo mismo que el de Yorik, se llenan de *hermoso y buen fango*, y entonces todo está dicho, la farsa del mundo ha concluído, y la apagada luz no volverá á encenderse en la linterna. ¿Qué era? Nada. ¿Qué será cuando deje de ser? Nada, lo que era antes de nacer. Debemos renacer bajo otra forma, dice la esperanza, pasar á otro mundo mejor, dice el orgullo. ¿Y qué me importa, si durante el viaje pierdo la memoria y olvido que he vivido, y si las mismas tinieblas que se extienden más acá de la cuna deben extenderse más allá del sepulcro? El día en que el hombre conserve el recuerdo de sus metamorfosis será inmortal, y la muerte no será más que un accidente de su inmortalidad. Sólo Pitágoras se acordaba de un mundo anterior. ¿Pero qué significa un taumaturgo que recuerda ante un mundo entero que olvida?... Dejemos esta desoladora cuestión. La soledad es la que engendra estas pesadillas. Te he contado mi vida; refiéreme la tuya;

vierte un rayo de tu aurora y de tus esperanzas en medio de mi crepúsculo y de mis dudas. Habla, y hazme olvidar hasta el eco de mi voz.

El joven obedeció. Tenía toda la aurora de su existencia que contar á su padre : refirióle sus combates, sus triunfos, sus peligros, sus amores. Palmieri sonrió y lloró alternativamente. Quiso ver la herida y auscultar el pecho, y no cansándose el padre de preguntar y el hijo de responder, vieron asomar el día y llegar hasta ellos el ruido de trompetas y tambores, que anunciaba la hora de la separación.

Palmieri quiso separarse de su hijo lo más tarde posible, y como diez años antes, le acompañó hasta las primeras casas de San Germano, llevándole á él del brazo y por la brida al caballo.